

Second Sunday of Lent: Sacrifice and Transfiguration

The story of the sacrifice of Isaac is one of the most popular and important stories from the Old Testament. The Lord asks Abraham to offer up his son's life as a burnt offering and Abraham withholds nothing from the Lord, even the life of his cherished son. At the last moment, God spares Isaac and says that he will provide the sacrifice. Abraham is able to slaughter a ram trapped in the underbrush for the sacrifice.

It doesn't take much effort for us to make the connection that Isaac, bound to the wood on the altar, is a type, or representational figure, for Jesus, who would himself be bound to the wood of the cross as an offering for the forgiveness of sin. We are to see in Abraham's willingness to sacrifice Isaac the loving heart of the Father, who offers even the life of his own son for the sake of his people.

Paul emphasizes the compassion of the Father's heart when he writes in the Second Reading from Romans: "He who did not spare his own Son but handed him over for us all, how will he not also give us everything else along with him?" (8:32). Paul exhorts Christians to trust in the Lord's goodness and protection. If the Father loved us enough to send his Son Jesus to the Cross, how much more does he want to fill us with the fullness of mercy, truth, and freedom found in his Kingdom? Just as the Lord provided the sacrifice so that Isaac's life would be spared, the Father offers his own Son, Jesus, to suffer and die so that we might truly live.

It is precisely the sonship of Jesus that we hear highlighted in this week's Gospel account of the Transfiguration, as the Lord declares, "This is my beloved Son. Listen to him." (Mk 9:7). Occurring as it does later in Jesus' ministry, on the threshold of Christ's Passion, the Father's affirmation of Jesus was confirmation of not only his identity but also his mission. Jesus is the Anointed One, sent into the world to suffer and die so that the life of the Kingdom may be made available to all.

The Father's admonition to "listen to him" reveals that Jesus is not simply teaching good life principles. Remember, both Moses (representing the Law) and Elijah (representing the Prophets) are present on the mountain with Jesus, signifying that he is the fulfillment of God's revelation to his people. Jesus, in his very life and teaching, invites people into a new identity and relationship with the Father that leads to transformation and new life.

What does it mean to listen to Jesus? This week's Scriptures offer us a clear model in Abraham's willingness to hold nothing back from the Lord. His fidelity didn't stop at following the "letter" of God's commands. Abraham made his relationship with God the bedrock of his life, placing its importance before everything else. Because of this, the Lord renewed and strengthened the promises he had made to Abraham in the initial covenant (Gen 12:1–3). Now these promises are given as a reward for Abraham's faithfulness (Gen 22:17–18).

When we surrender ourselves to Jesus, making our relationship with him the centerpiece of our lives, we are experiencing the fulfillment of God's covenant with Abraham. Baptism makes us members of "a chosen race, a royal priesthood, a holy nation," the Church (1 Pet 2:9): she has been given the keys of the Kingdom of heaven, which will one day be gathered in the Father when death and evil are no more. When we live intentionally as disciples of Jesus, we become a sign of God's presence in the world.

The greatest expression of this is our participation in the Eucharist, which simultaneously draws us closer to Christ and each other and sends us out to fulfill God's will in our daily lives.

Meditation taken from eucharisticrevival.org

Segundo domingo de Cuaresma: Sacrificio y Transfiguración

La historia del sacrificio de Isaac es una de las historias más populares e importantes del Antiguo Testamento. El Señor le pide a Abraham que ofrezca la vida de su hijo como ofrenda quemada y Abraham no le retiene nada, ni siquiera la vida de su querido hijo. En el último momento, Dios perdona a Isaac y dice que proveerá el sacrificio. Abraham puede sacrificar un carnero atrapado en la maleza para el sacrificio. No hace falta mucho esfuerzo para que hagamos la conexión de que Isaac, atado a la madera en el altar, es un tipo, o figura representativa, de Jesús, quien estaría atado a la madera de la cruz como una ofrenda para el perdón de los pecados. Debemos ver en la voluntad de Abraham de sacrificar a Isaac el corazón amoroso del Padre, que ofrece incluso la vida de su propio hijo por el bien de su pueblo.

Pablo enfatiza la compasión del corazón del Padre cuando escribe en la segunda lectura de Romanos: “El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos concederá con él toda clase de favores?” (8, 32). Pablo exhorta a los cristianos a confiar en la bondad y protección del Señor. Si el Padre nos amó lo suficiente como para enviar a su Hijo Jesús a la Cruz, ¿cuánto más quiere llenarnos con la plenitud de la misericordia, la verdad y la libertad que se encuentran en su Reino? Así como el Señor proporcionó el sacrificio para que se perdonara la vida de Isaac, el Padre ofrece a su propio Hijo, Jesús, para que sufra y muera para que podamos vivir de verdad.

Es precisamente la filiación de Jesús lo que escuchamos resaltado en el relato evangélico de la Transfiguración de esta semana, como declara el Señor, “Este es mi Hijo muy querido, escúchenlo” (Mc 9, 7). Ocurriendo como lo hace más tarde en el ministerio de Jesús, en el umbral de la Pasión de Cristo, la afirmación de Jesús por parte del Padre fue la confirmación no solo de su identidad sino también de su misión. Jesús es el Ungido, enviado al mundo para sufrir y morir para que la vida del Reino esté disponible para todos.

La advertencia del Padre de “escucharlo” revela que Jesús no está simplemente enseñando principios de buena vida. Recuerde, tanto Moisés (que representa la Ley) como Elías (que representa a los Profetas) están presentes en la montaña con Jesús, lo que significa que él es el cumplimiento de la revelación de Dios a su pueblo. Jesús, en su propia vida y enseñanza, invita a las personas a una nueva identidad y relación con el Padre que conduce a la transformación y a una nueva vida.

¿Qué significa escuchar a Jesús? Las Escrituras de esta semana nos ofrecen un modelo claro de la voluntad de Abraham de no retener nada del Señor. Su fidelidad no se detuvo en seguir la “letra” de los mandamientos de Dios. Abraham hizo de su relación con Dios la base de su vida, colocando su importancia por encima de todo lo demás. Debido a esto, el Señor renovó y fortaleció las promesas que le había hecho a Abraham en la alianza inicial (Génesis 12,1-3). Ahora bien, estas promesas se dan como recompensa por la fidelidad de Abraham (Génesis 22, 17-18).

Cuando nos rendimos a Jesús, haciendo de nuestra relación con él la pieza central de nuestras vidas, estamos experimentando el cumplimiento del convenio de Dios con Abraham. El bautismo nos hace miembros de “una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa”, la Iglesia (1 Pedro 2, 9): se le han dado las llaves del Reino de los cielos, que un día se reunirán en el Padre cuando la muerte y el mal ya no existan. Cuando vivimos intencionalmente como discípulos de Jesús, nos convertimos en una señal de la presencia de Dios en el mundo.

La mayor expresión de esto es nuestra participación en la Eucaristía, que simultáneamente nos acerca a Cristo y a los demás y nos envía a cumplir la voluntad de Dios en nuestra vida diaria.